

Vicent Llombart
Campomanes, economista y político
de Carlos III

Madrid, Alianza, 1992

FRANCISCO CABRILLO
Universidad Complutense

El estudio de la obra de los economistas españoles del siglo XVIII ha experimentado un desarrollo notable en los últimos años y ha llegado a convertirse en uno de los campos de estudio más explorados por los historiadores de las doctrinas económicas en nuestro país. Esta preferencia por la investigación de la obra de los autores nacionales tiene, sin duda, sus ventajas y sus inconvenientes. La ventaja principal es que, gracias a estos estudios conocemos hoy mucho mejor no solo a tales autores, sino también la época y la cultura del período que les tocó vivir. Inconveniente parece, en cambio, que se dediquen excesivos esfuerzos a la obra de economistas de segunda, tercera o, a menudo, cuarta fila que nada nuevo aportaron al desarrollo de la economía política, a nadie interesan fuera de nuestras fronteras y a muy poco gente preocupan dentro de ellas.

No es éste precisamente el caso del Conde de Campomanes, el más conocido economista, junto a Jovellanos, de la Ilustración española, cuya obra es merecedora, sin duda, de un estudio detenido. Pese a ello, debo confesar que no ha sido nunca Campomanes uno de mis economistas preferidos. La primera vez que leí, hace ya bastante años, el *Discurso sobre el fomento de la industria popular* encontré el libro escaso de ideas y muy pobre en su argumentación. Una lectura mucho más reciente de la obra me ha confirmado mi impresión inicial. Pero, aunque no fuera un economista notable, sí fue Campomanes un personaje interesante desde muchos puntos de vista. El de las relaciones entre la política económica real, vivida desde el poder, y la ideología reformista no es, ciertamente, el menor de ellos. Por eso me parece acertado el enfoque que el profesor Llombart ha dado a su amplio estudio sobre el autor asturiano. Lo que en este libro se nos ofrece es, en efecto, "un recorrido por la economía y la política del reinado de Carlos III, eligiendo como guía y vehículo conductor a Pedro Rodríguez Campomanes". Se trata, por tanto, no sólo de centrar la obra del autor en su momento histórico, sino de analizarla conjuntamente con ese momento histórico que el propio Campomanes contribuyó a dar forma.

Vicent Llombart ha dedicado casi veinte años al estudio del personaje y su época; y desde 1976 viene publicando artículos que son bien conocidos por toda

persona interesada en la historia del pensamiento económico español. Este libro es, por tanto, la culminación de un largo proyecto de investigación y una obra de lectura obligada para quien quiera estudiar las ideas económicas de la Ilustración en nuestro país.

Dada la amplitud de la obra política y económica de Campomanes, el libro de Llobart puede leerse desde muchos puntos de vista. Mi lectura ha sido la de un economista y los comentarios que siguen reflejarán necesariamente esa visión del tema. Por ello me ha interesado especialmente un breve apartado del epílogo del libro, titulado "El pensamiento económico de Campomanes: del arbitrio a la economía política ilustrada", en el que, en sólo diez páginas, Llobart presenta algunas de sus ideas más interesantes sobre Campomanes que, aun inspirando el resto del libro, están desarrolladas con menos claridad en la parte principal de la obra.

Uno de los rasgos del libro que llama en seguida la atención del lector es la constante defensa que el autor hace del personaje a lo largo del texto. No es difícil citar casos concretos. En el mencionado apéndice, por ejemplo, Llobart da respuesta a una de las críticas más habituales dirigidas a Campomanes, su falta de originalidad: "Como si en España hubiesen abundado las aportaciones teóricas en Economía durante los últimos cuatrocientos años —escribe— a menudo se advierte con insistencia crítica que Campomanes no fue un economista original. En este aspecto de innovación analítica no se diferenció básicamente del resto de los economistas españoles, por lo que la pretendida crítica no parece bien orientada". Pues bien, nos guste o no, creo que hay que reconocer que Campomanes no fue un economista original; y a la hora de enjuiciar el valor de su obra no se puede rechazar esta crítica con el simple argumento de que los demás no fueron mejores. Tiene toda la razón Llobart al afirmar que en España no ha habido pensamiento económico original. Nuestra tradición en este campo nunca pasó de mediocre. Y la opinión que fuera del país se tiene de los economistas españoles del pasado es aún peor, como se comprueba con una simple lectura del índice del *New Palgrave*. Por ello, al estudiar la obra de estos economistas, en vez de buscar en ellos ideas nuevas, suele resultar más útil saber en quién se "inspiraron" o cómo aplicaron a su mundo esas ideas que generalmente no eran propias. Y en el libro de Llobart tenemos, por cierto, un excelente ejemplo de ese enfoque. Pero esto no debería eximir de reconocer su bajo nivel científico.

Aceptado este principio general a la hora de estudiar la obra de los economistas españoles, el siguiente paso es plantearse si el economista en cuestión supo asimilar bien las ideas recibidas, exponerlas y aplicarlas de forma lógica y coherente. Hace ya algunos años Manuel Jesús González publicó un artículo en las páginas de *Información Comercial Española*⁽¹⁾ en el que hablaba de falta de coherencia y de la existencia de un "totum revolutum" en el pensamiento de Campomanes. Llobart reacciona ante esta crítica y sale una vez más en defensa de su personaje, contraponiendo a esta idea lo que él considera que era, en cambio, una "amplia y bien orientada información". Mi lectura directa de Campomanes me llevó ciertamente a apuntarme en su día a la tesis del "totum revolutum". Hoy tiendo a pensar que lo que se encuentra en la obra de Campomanes es, más bien, una notable falta de precisión analítica y lógica en el desarrollo y la exposición

(1) González, M.J. (1988).

de sus ideas, al margen de que la información de partida fuera o no amplia y bien orientada. Y, al faltar esta capacidad analítica, las ideas aparecen tal vez no revueltas, pero sí expuestas de una forma asistemática, sin ese hilo lógico conductor que diferencia un estudio científico —por muy primitivo que sea el estado de desarrollo de esa ciencia en un momento dado— del discurso de un político.

Esta falta de análisis lógico es, por otra parte, independiente de que el problema estudiado se resuelva de una forma correcta, si cabe utilizar tal expresión. Veamos un ejemplo de lo que quiero decir. Tomemos una teoría bastante extendida en el siglo XVIII, que más tarde sería abandonada por considerarla errónea: la teoría del comercio activo y pasivo, o la medición de la balanza comercial en términos de exportaciones e importaciones de trabajo y materia. Parece que Campomanes suscribió esta teoría; y, sin duda, lo había hecho antes también un autor de la talla de Cantillon. Ambos economistas coinciden, pues en este punto. Pero cuando se lee el *Ensayo* de Cantillon y los textos del asturiano se obtienen imágenes muy diferentes. Mientras el primero razona su teoría —errónea o no— y la desarrolla en su conocido ejemplo del comercio de vino y encajes entre Francia y Brabante de una forma que recuerda en cierta manera el supuesto del paño y el vino de Ricardo, la exposición de Campomanes es mucho más confusa y hay que buscar en ella con cuidado párrafos concretos en los que aparezca un esbozo de estas ideas. Y es esto precisamente lo que diferencia una obra “importante” de la historia del pensamiento económico, como el *Ensayo* de Cantillon, de otras que no lo son, como los *Discursos* de Campomanes.

Hay otros muchos aspectos de la obra de Campomanes que Llombart intenta justificar sin que, como historiador del pensamiento económico, tenga ninguna necesidad de hacerlo. Por citar sólo un ejemplo más. Como es sabido, el político asturiano defendía una mayor libertad económica en el interior del país y, al mismo tiempo, se oponía a la liberalización de los intercambios internacionales. No era ciertamente el único en Europa. En realidad su opinión era compartida por la mayoría de la gente. Pero no puede justificarse esta aceptación sin fisuras del proteccionismo por el simple hecho de que ningún país europeo de la época hubiera adoptado el librecambio. Lo que, entre otras cosas, da valor a la discusión sobre el comercio internacional de *La riqueza de las naciones* es precisamente su capacidad para discutir el problema del librecambio de forma lógica y sistemática, aunque su autor pensara que el libre comercio internacional estaba tan lejos como el advenimiento de una Océana o Utopía. Más bien habría que reconocer que Campomanes, como tantos de sus contemporáneos, simplemente no fue capaz de entender bien el problema.

No es raro que el crítico de un libro de esta naturaleza acabe discutiendo más sobre el protagonista de la historia que sobre la obra que tiene que comentar. La mayor parte de mis observaciones han ido ciertamente dirigidas más a lo que podríamos denominar exceso de benevolencia de Llombart con Campomanes que al libro en sí. Pero en este caso tal actitud tiene una explicación clara. El libro está muy bien escrito y es una fuente valiosísima de información sobre el tema estudiado, por lo que el principal comentario que se puede hacer de él es recomendar su lectura. La benevolencia con nuestros personajes es un pequeño pecado muy disculpable, que todos hemos cometido alguna vez.

